

ESTAMOS ESTANCADOS

E.
MIRET
MAGDA
LENA

DEBIAMOS salir por unos días del agobio diario que nos envuelve en sus redes de preocupaciones momentáneas y cotidianas, para pensar sobre nuestra realidad.

Y debíamos hacerlo para conocer mejor todos los aspectos y problemas de la misma: culturales, sociales, económicos, políticos y religiosos. Y así veríamos cómo todos ellos se encuentran más estrechamente unidos de lo que parece a primera vista.

Aquí he señalado que nuestras costumbres, y su manifestación externa superficial, han cambiado mucho. Pero nuestro pensar profundo, nuestra desatadura de un estar siempre bajo impresiones del momento sin perspectiva, no ha variado apenas desde hace más de un siglo. Y esto es grave.

Pensemos en nuestra Iglesia. La lectura del libro de Francisco Pérez Gutiérrez, El problema religioso en la generación de 1868 (editado por Taurus recientemente), me ha hecho pensar en ello.

Se trata de un libro único y ejemplar. Único porque nadie se había adentrado a bucear en algunos de estos pioneros del afán renovador que hoy nos envuelve a muchos de los que seguimos siendo cristianos. Y entre estos seis novelistas (Valera, Alarcón, Pereda, Pérez Galdós, Clarín y la Pardo Bazán) hay de todo, igual que hoy. Existe un afán de concebir y vivir un catolicismo liberal—con más o menos matices—, como ocurre en Valera y Clarín. Un quedarse a medio camino, como le pasa a la Pardo Bazán. Y un no despegar, como vemos en Alarcón o en Pereda. Y también podemos contemplar a un apartado, por desilusión o cansancio, como le ocurre a Galdós; pero con nostalgia de que las cosas fueran de otro modo.

Todos resultan retratos religiosos expresivos que pueden servir de ejemplo hoy, porque—ante la lectura de estas páginas excelentemente escritas—llego a la triste conclusión de que todo está, en el fondo, igual que estaba antes, aunque la superficie haya cambiado. Ha pasado un siglo de tiempo mecánico—medible por un reloj—, pero muy poco de tiempo real vivo que haya calado hasta el fondo del español, y muy concretamente del católico. Los problemas del catolicismo siguen ahí sin resolver. La Iglesia española sigue pretendiendo lo mismo de siempre, al menos lo que pretendió en estos últimos siglos de mayor dominación sobre los hombres y sobre las cosas de este mundo que en épocas pretéritas. Lo que únicamente se aprecia es una nueva distribución de proporciones, sin más cambio.

Los obispos más progresivos—salvo pequeñas excepciones muy poco conocidas—siguen con esquemas mentales y actitudes que no se diferencian tanto de ese papel de protagonistas que pretendieron tener en el siglo pasado, si bien la gente les hace hoy menos caso que entonces.

La gran estructura de la Iglesia—que debía ser superada por otra más viva y menos dominante—sigue queriendo estar en primera fila, consumiendo exceso de energías en ello, para pretender una cosa cada vez más difícil: ser todavía protagonista de nuestros problemas, sin supe- rarlos.

Se siguen escribiendo artículos sobre "la Misa tradicional" que hacen pensar, por su lógica simplista, en lo poco que hemos avanzado. Aunque lo más triste es que esta postura resulta más lógica a veces, aunque sea infantil, que la todavía más simple de una parte del progresismo católico español. Menos mal que este último empieza ahora a caer en la cuenta de su ingenuidad, como lo demuestran esos "cristianos por el socialismo" que pretenden una postura más madura. Pero hemos pasado varios años con tremendas discusiones en el seno de nuestra Iglesia hispana por si deberíamos comulgar de rodillas o de pie. Y, hasta hace bien poco, se hacía un mundo del problema de recibir la comunión en la boca o en la mano.

¡Qué de energías perdidas en menudencias!

Y hoy—que perdonen los interesados a quienes estimo personalmente—me hace la misma impresión la publicación de esa sorprendente obra (aunque sólo fuera por el título), "Tarancón, obispo y mártir". Y que inmediatamente ha sido contestada por monseñor Guerra Campos, a quien se alude en ella, y que sale por los fueros de la verdad (de una pequeña y personal verdad), apresurándose a poner en claro no sé qué minucias y tiquismiquis que a nadie importa saber cómo fueron.

Estamos todavía en el reino de lo pequeño, de lo menudo, de lo anecdótico. De esa pequeñez que hace olvidar las entrañas de nuestros problemas, que siempre quedan pendientes de resolver, porque siempre hay alguna minucia sin importancia verdadera que tiene la desgraciada virtud de enmascararlos y hacer que nos olvidemos de ellos, entretenidos como estamos en recordar y discutir ese anecdótico ideológico o de costumbres.

Don Juan Valera fue un gran novelista decimonónico y un fino pensador católico que no quiso malquistarse con la Iglesia, pero que por doquier rezumaba liberalismo; y

nuestro mundo eclesástico no se lo perdonó a pesar de sus cautelas. Francisco Pérez analiza esta figura con esmero y profundidad, lo mismo que las cinco restantes, a las que dedicaré posteriores comentarios porque se lo merecen, y no es frecuente encontrar la enjundia que se desprende de este libro cuidadosamente elaborado.

El más grande hallazgo de Valera—como descubre Francisco Pérez—es que "ha sido el primer español que, adelantándose con ello decenas de años al pensamiento teológico actual, ha formulado, con muy notable precisión y claridad, la doctrina de que toda reducción del cristianismo a ideología—sea su signo uno u otro—lo pervierte".

Así, "Valera daba un salto sobre lo que se ha venido llamando, sin más averiguaciones, su catolicismo liberal... y proponía los elementos imprescindibles para una teoría de la secularización generosamente ortodoxa".

Aquí está el meollo de este gran novelista que combate lo mismo a Donoso que a Castelar. Porque los dos vivieron de "ideología" religiosa, aunque el uno la inclinó hacia la ultraderecha y el otro hacia la izquierda. Pero confunden o identifican catolicismo con teología. Y, además, Donoso Cortés identifica, en soberbia confusión, teología con política, y recordemos que éste fue nuestro mentor religioso-político en estos últimos cuarenta años de nuestra historia.

Estas andaderas ideológicas, puestas al cristiano por avanzados y retrógados, son las que hacen del catolicismo real una superestructura más o menos alienadora que, como camisa de fuerza, impide muchas veces la rica vitalidad del Evangelio, constituyendo la base del endémico clericalismo del país que sólo cambia de signo político, sin desaparecer del todo. Se atasca esa ideología en minucias teológicas, litúrgicas, morales o simplemente en anecdóticos que no parten de esa "modestia" que ya Epicuro—el denigrado materialista—recomendaba como virtud elemental de todo amante de la sabiduría de la vida.

Recomiendo la reposada lectura de este libro para desintoxicarse de nuestra pequeñez actual, y para alentarnos a despegar de esos corsés estrechos que, en ideas o en costumbres, nos aprisionan todavía a los españoles.